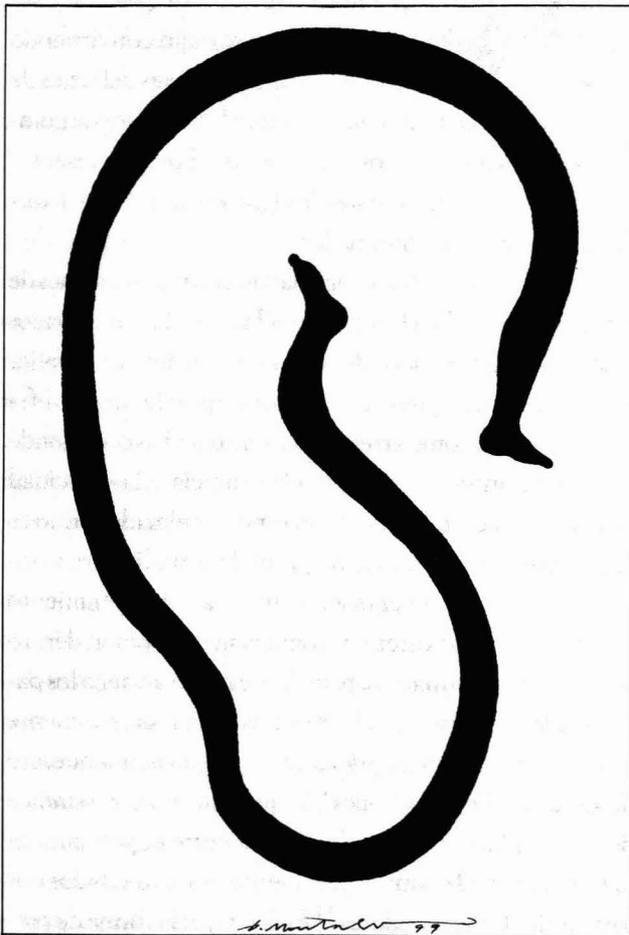


# La perra se llamaba Dionisia

MARIO ENRIQUE FIGUEROA



**E**n cuanto me olfateaba o veía, la perra salía debajo de cualquier auto y descendía por el declive del estacionamiento. Lo hacía con gracia de animal fino, cruzando a cada paso sus patas delanteras como caballo adiestrado, dándome tiempo a que yo rodeara la malla ciclónica. Al encontrarnos descansaba su hocico en el pavimento (hábito de can mimoso aunque también —pensaba yo— per-

vivencia de malos tratos) para que acariciara su cabeza, su lomo manchado de aceite.

Algo tenía de bull terrier en los pelos de la nariz, pero era tranquila y cariñosa. Excepto si era agredida sin motivo. Y cumplía sin remilgos con los placenteros reclamos de sus celos anuales.

Cuando se estableció entre nosotros, sólo una de las vecinas del edificio estaba embarazada. Para mí su presencia al respecto fue una especie de amuleto. Porque si bien predominaban los matrimonios jóvenes estrenando apartamento, su aparición coincidió con una pequeña explosión demográfica. Hasta un caso de gemelos y otro de gemelas se registraron.

No todos lo vieron así. Sus periódicas cohortes de pretendientes y camadas terminaron por dividir a los habitantes de ese edificio en canófilos y canófbos. Curiosa, comprensiblemente, entre estos últimos se alinearon de inmediato los inminentes padres y sus respectivas cónyuges.

A mí me despedía cada mañana y me recibía en las tardes con muestras de apego, en las que desde luego algo tenía que ver la salchicha o la rebanada de jamón que diario le obsequiaba. Pero estaban sobre todo las caricias, preguntarle cómo estaba, nuestras recíprocas manifestaciones de afecto.

Si coincidíamos en la puerta de entrada los que no y los que sí la queríamos, los primeros nos advertían (de manera seria pero atenta, como corresponde entre nuevos vecinos aún respetuosos) que si la alimentábamos nunca se iría. Los segundos aducíamos que esas dádivas apenas reivindicaban nuestras cada vez más olvidadas acciones solidarias.

Y entre esos primeros no faltaron los abiertamente agresivos. Tal una pareja de jóvenes doctores. En particular él. Pude percatarme de ello porque yo vivía, vivo, en planta baja y la ventana de mi dormitorio —que en ocasiones se convertía en insomnio— se asoma a los llamados cajones del estacionamiento.

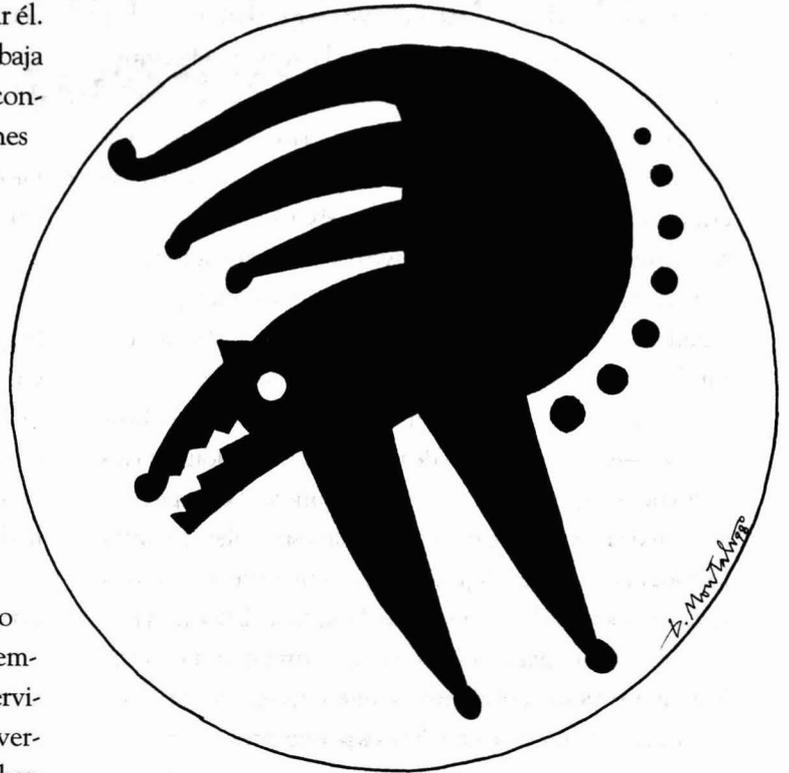
Una madrugada, a la hora en que lo liberaban del hospital, bajó de su coche y azotó la portezuela. En seguida se desató la pequeña bronca, del todo imaginable. El doctor profería maldiciones y tiraba patadas entre las ruedas de otro auto —considero que debió lastimarse la espinilla— en tanto la perra gruñía y eludía puntapiés sin salir. Recuerdo que, pocos meses después, la doctora fue retribuida con gemelitas.

Tuvo también cuidados y atenciones. Entre los mencionados segundos se contaba otro matrimonio que, seguro por decisión propia, mantenida con firmeza, en esos tiempos no convocó a la cigüeña. El esposo, cordial, atento, servicial, había asumido la tarea de cultivar nuestras áreas verdes. Éstas, que en la maqueta del proyecto original rodeaban profusas los edificios, se redujeron a un rectángulo —cisterna mediante— donde este vecino cortaba y regaba el pasto, sembraba y acotaba retoños.

Un sábado primaveral, una mañana luminosa y cálida, lo vi realizando pausado esos menesteres. Lo saludé desde una ventana. Luego decidí acompañarlo. Trabajaba hablándome de su gusto por la jardinería. Nuestra plática derivó hacia la perra, que a ratos se acercaba reconociendo con movimientos de cola a dos canófilos. Porque dicho vecino incluso le había destinado una cacerola para su comida y un bote para su agua.

Y comentando quiénes sí quiénes no, fuimos concibiendo la idea de bañarla. Nos pusimos de acuerdo. Trajimos jabón y cubetas. La perra adivinó e inclinó resignada la cabeza. Ya en plena labor, los que sí nos animaban desde sus ventanas; los que no corrieron cortinas. Cuando terminamos se sacudió salpicándonos, refrescando el sudor de nuestros rostros. Recién bañada era una perra hermosa.

Para entonces ya había tenido su primera prole. La parió al otro lado de la alambrada que delimita nuestro prado, en un recodo del terreno, bajo un gran pirú. Dos o tres veces escuché a los cachorros gemir, reclamar la presencia de la madre. Ella los amamantó hasta quedarse en los huesos, al principio sin apartarse de la camada, después prolongando sus ausencias en busca del propio alimento.



Los pequeños canes desaparecieron un día. Los que sí nunca supimos con certeza qué se hicieron. Quizá sencillamente cada uno inició su vagabundeo. Pero mis dos hijos dieron por imaginar historias criminales, acciones solapadas y perversas de los vecinos que no. Al visitarme ellos se duplicaban las raciones de salchicha o jamón.

Ambos se acercaban raudos a los veinte años —ahora los han rebasado—, con uno de diferencia. Yo moderaba sus elucubraciones y deducciones, pero ante todo dilatava la apreciación de sus caracteres: el mayor reservado, calculador; el menor fogoso, impulsivo. En su opinión, la desaparición se debió a las dos mujeres que vivían solas, si bien jóvenes, de actitudes secas y renuentes.

Ya después nos adentrábamos en nuestros asuntos, en sus planes y requerimientos. Puestos de acuerdo, les daba el cheque que incluía la parte previamente convenida para los gastos de su madre, de la casa, del auto. Antes de marcharse, en sus ojos reaparecía silenciosa la pregunta acerca de mi regreso. Les respondía con un guiño que pedía más tiempo sin cancelar esa posibilidad.

Se mantenía, la conservábamos latente los cuatro, aunque yo la sentía cada vez más lejana. Aun después de un año los extrañaba, la extrañaba, y eran la causa principal de mis insomnios. Claro, junto con ajustes en facturaciones, conciliaciones bancarias y elaboración de gráficas de Gant

en la agencia de turismo. Sin embargo, también —y buscaba la manera de decírselo a ellos sin lastimarlos— había terminado por regustar la vida privada, solitaria de veinte años atrás.

Los recuerdos me ponían nostálgico los domingos: veía y escuchaba a los matrimonios subirse animosos a sus coches, la mujer embarazada o con un bebé y hasta dos en brazos. Asimismo revivía los motivos de la separación determinada con mi esposa: algunas agrias discusiones, pero en realidad los prolongados silencios entre ambos, las mutuas intolerancias hacia usos y costumbres personales.

En domingo, generalmente sólo las dos mujeres hocas y yo —veía los partidos de fútbol por televisión, leía los periódicos— permanecíamos en el edificio. Por supuesto, además de la perra que no sabía de días especiales. Y contra lo concluido por mis hijos, fueron las más preocupadas al aproximarse el advenimiento de la siguiente ventrada.

Durante el par de meses que me correspondió llevar la administración del edificio, llamé a su puerta. Salió una y, a medio resumen de sus adeudos pendientes, la otra. Me escucharon serias, casi ceñudas, renuentes no a cubrir sus cuotas, sino a aceptar la relación de gastos y recibos comunitarios. Finalmente conseguí lo que ninguna administración anterior había logrado: que las dos mujeres en irrevocable aislamiento y reserva se pusieran al corriente.

Fueron ellas quienes en el corredor que formaban mi patio de servicio y la cisterna, acondicionaron un cajón grande de madera, relleno con trapos y cubierto con una bolsa de plástico. Un atardecer la perra y yo atestiguamos los preparativos. Al descubrir la media sonrisa de mi cara tras los barrotes de la protección, me preguntaron —un tanto cohibidas pero adustas— si no me incomodaba que Dionisia pariera en ese lugar. Amplié un poco mi gesto y moví negativamente la cabeza. Una tenue corriente de simpatía viajó de ellas hacia mí.

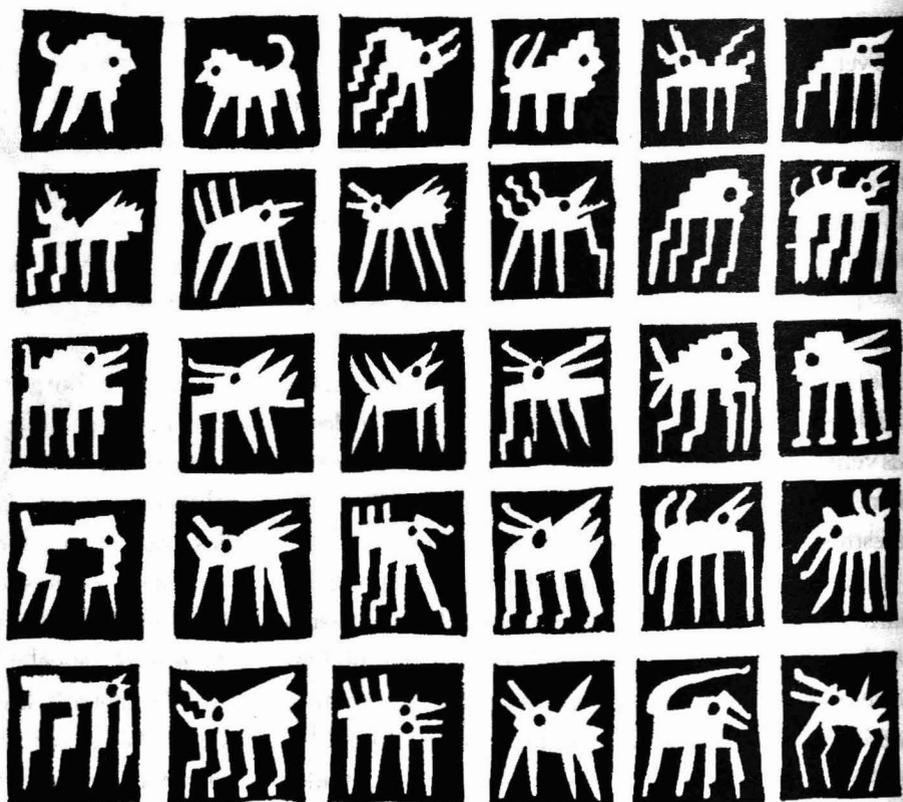
Sucedió una madrugada. Ya había azotado la puerta de su coche el doctor. Escuchaba los distantes lloriqueos de un recién nacido y calculaba de nuevo los pros

y contras de mi retorno al hogar. De un momento a otro, al llanto lejano provocado por algún cólico, se agregaron los sucesivos gemidos perrunos de la camada, saliendo de un cálido vientre al frío de la noche. Abandoné la cama y cubierto con un sarape salí. Estuve un rato junto a Dionisia, reconociendo en sus ojos el sufrimiento y la gratitud.

Esta vez el alumbramiento me pareció mortal. Días después conduje a mis hijos a ver de cerca el súbito, brutal enflaquecimiento. Pero había algo más en sus ojos exánimes, en la postración doliente que apenas le permitió lamer la salchicha, la rebanada de jamón. Ellos cargaron a sus cachorros. Yo traté de animarla apoyando sin pausas una mano en su cabeza, que ella dejaba colgar en total abandono fuera del cajón.

Mis hijos me animaron a secundar su idea. Prometieron ayudarme en los cuidados que requería el animal. Quizá esto influyó en la decisión que a la postre adopté, porque mi esposa abomina de las mascotas.

Ahora, cuando regreso del trabajo por las tardes, no me reciben los caracoleos equinos de Dionisia, sino los ladridos desde mi patio de servicio de la sucesora —también se llama Dionisia, tiene los mismos pelos en la nariz— con los que reclama nuestro paseo por los alrededores. ♦



*B. Montalvo 97*